

Alerce

N° 113, enero de 2024. Sociedad de Escritoras y Escritores de Chile. Director: David Hevia.

La joven literatura se abre camino desde la comuna de Peñaflo

Estefanía Hernández es bailarina, escritora y gestora sociocultoambiental. Codirigió *El Cigarrito y Tormenta*, basada en un poema de su autoría que aborda la desigualdad de género. Su acercamiento formal a la literatura se inició en el Taller de la Municipalidad de Peñaflo, que culminó con su primera publicación: *De artilugios y ungüentos*. En 2022 se sumó a una exploración literaria con Pilar Arratía y Yorika Gallegos, enfocada en los temas de mujer, madre y tierra. El resultado fue segundo libro: *Letras vividas*. Integra el taller impartido por Julio Rodajo, impulsado por Resistencia Poética de Peñaflo.

Soledad en América del Sur

Prefiero no poner en palabras lo que me condujo hasta ese punto. El instante en que con mis finos dedos comencé a introducir en la cavidad de mi boca el pequeño mantel que me regaló mi abuela. Uno a uno fueron obligados a entrar los patos bordados por ella; alegres, campantes y bien vestidos, desde el más diminuto al más grande, los con sombreros y los con carruaje, todos entraron sin importar el escozor de la comisura de mis labios.

Con unas cuantas lágrimas y luego de una inhalación profunda procuré engullirlo; ochenta por ochenta su dimensión, sí, lo que mide mi brazo a partir de la clavícula hasta la yema de mi dedo medio. Varios e insuficientes intentos no causaron lo esperado, tuve que presionar una y otra vez, para conseguir que llegara a la inmediatez de mi garganta; las flores y los pastos, igualmente bordados, se aferraron más allá de mis amígdalas.

Tenía la esperanza de poder tragar el tapete. Que fuera bastante la lubricación de mi faringe para que se deslizara como el hilo en las manos de mi abuela, al



bordar este y otros trabajos. O que de milagro bajara ella misma desde el cielo y me rescatara de mis superfluas ansias de morir. Pero sabía que tal sueño no era posible; no bajaría, ni pasaría bajo el dintel, alguien que pudiera salvarme.

Mi diafragma empezó a contraerse, mi torso gritaba espasmos en un empeño por sacar al aire una tos. Estaba hecho. El paño alcanzó su lugar y había transcurrido la mitad del tiempo que una persona puede sobrevivir sin respirar.

En mi condición nauseabunda escurría abundante líquido por mis ojos y nariz. Algo encorvada me levanté, tomé el chaleco violeta que me tejí y me lo puse, como regalándome un abrazo cálido para el gélido descanso que se aproximaba. Era consciente de que en la soledad de la casa de mi infancia nadie vendría a cobijarme; no estaría ella ni yo para quererme.

Advertí que mis palmas tomaban el color del tejido. Incluso en ese estado, sentí curiosidad por mis facciones, ¿tendrían estas igual tono a punto de estallar? Miré hacia el antiguo buffet buscando mi reflejo en la bandeja de plata, esa que siempre estuvo allí, fría y resplandeciente, haciendo de espejo sobre dos insignificantes trozos de madera. Efectivamente, mi semblante tal cual mis manos tenían el mismo aspecto. Pude ver las venas abultadas en mi sien. Quise tocar mi yugular, no obstante, mis dedos hinchados ya no gozaban de tacto. Sentía el dióxido de carbono apoderándose de mi cerebro. La estruendosa música de la desesperación retumbaba en mis oídos.

Sofocada trastabillé. Estaba arrepentida. Aún podía tomar el mantelillo y sustraerlo. Sin embargo, no rompería de nuevo mi palabra. Caí al suelo en mis extremidades y con acrecentadas contorsiones comencé a moverme como un gato queriendo escupir una bola de pelos. Me resistí.

Se intensificó mi llanto, si es que así le puedo llamar a la acción de la carne falta de oxígeno secretando y secretando cascadas de fluidos. Pretendí volver a ingerir, mas sin lograrlo me desplomé encima de mi rostro. Mi mejilla izquierda deformada en la baldosa, mis fauces entreabiertas ya no pálidas y mis pupilas pétreas parecían observar el confin de la tierra. Seguramente, visto desde arriba mi chaleco abierto me hacía parecer a Zadkiel, el arcángel.

Supe que ese sería el último de mis pensamientos, me había dejado ir. En eso, un herrerillo con sombrero azul y alas verdes se coló por la ventana, con su pico comenzó a jalar el pañuelo. Beso a beso rescató a cada pato, hasta que pudo extraer la tela por completo. También pellizcó, entre otras partes, mi lengua y en una inspiración seca me volvió el alma al cuerpo. Se desvaneció el pajarillo ante mí. Jadeé, di un grito mudo y lloré, mientras, mis pulmones volvían a recobrar su volumen. Mi deseo de ser rescatada se cumplía.

Claro que nunca más vi a aquel pájaro, a quien llamé Salvador. Aunque, en los días fríos como hoy lo recuerdo e imagino su cara en mi mano derecha cuando mis cuatro dedos se reúnen junto al pulgar.

Julio Rodajo, poeta, profesor y editor, Licenciado en Lengua y Literatura. Es autor de *Vaivenes* (Ed. Isidora Cartonera, 2013), *Relicario* (Buenos Aires Poetry, 2021), *Castración del cielo y otros poemas* (Editorial Káhuil, 2022), *Los 65 nombres del silencio* (Plaquette, 2023) y *Manuscrito desvinculado* (Poemario digital y gratuito publicado en Wordpress.com). En 2022, su proyecto de poesía ecrástica *Imagen y reverso* se adjudicó el Fondo del Libro y Lectura. Es miembro fundador de Resistencia Poética Peñaflo y también forma parte activa de la Sociedad Literaria de la Provincia de Talagante.

Caída del último

Calla la lluvia.
Alguien habla.
Los siglos han llegado a su fin.
Muerto está dios, muerto el mundo.

No reconozco esta especie de árboles quemados e ignoro los nombres de nuevos huracanes. Camino en la memoria del fuego sobre el nublado cadáver formado por cráneos caliginosos. Tropiezo con todo lo que no está: mares, praderas, ciudades, madres, descansos, libros.

No me es extraño este brote de vacío, fui quien incineró lo recordado por este ser que no logro conocer.

Voy amortajado en aromas de mujeres siempre amadas por príncipes malditos que van lamiendo dagas en el asco de mil demonios degolladores del olvido.

En la presente desolación simulo ser creador de un mundo donde morir es utopía, no cantan aves en su vuelo y las cenizas se alimentan de cuerpos abandonados en lo que fue una biblioteca.

Hurto un mundo en mi hoja delirante. Soy deudo de mi duda, dueño de la Nada.

Único hombre sufriendo dolor mundano e infinito semidiós sin bestia por matar.

En()sueño

Dime qué te hablo
no conozco mis palabras
ni logro distinguir cada letra.

El ocaso ocurre en otro lugar
aquí oscureció.

Las ilusiones que confieso son el todo de la nada
lejanas
como si estuvieran en mi mano.

No sé qué diré cuando te vea.
Improvisaré antes de salir en tu busca.

Esperaré el sueño,
luego el alba.

Quisiera recuperar la actitud de infancia.
Al parecer crecí con miedo a las alturas.



Variación a una imagen de Li Po

Lo que Li Po no alcanzó a decir
en su lenguaje de lunas y de jade
me fue dictado en un sueño de anoche,
como deseo de tinto, como tinta silenciosa.
Callo ¡salud! y miento:
verdad que revelo
en este sendero dirigido al fuego,
entre lotos marchitos
recolectados por un niño
que simula el sonido de la lluvia,
abrazo al poniente
sin que el sol quemado sea parte de mi pecho.
Hay quienes huyen a contracorriente.
Nuevamente yo, jocosos, contemplo
al dragón desdeñado
sobre la naciente sombra del arquetipo.
Pero la mía no hace más que enredarse fortuitamente
con los pasos que doy en falso.
Una escalinata, en otro lugar,
se ha llenado de tropiezos,
mientras brinco y evito despertarme.

Propuesta a cinco poemas chinos

1) Mañana de primavera (Meng Hao-Ran)

Soñar con primaveras, ignorando el amanecer,
aunque en toda el área se escuchan pájaros cantar
sobre la noche que transita con susurros de aguaviento.
¿Quién sabrá la cifra de las flores caídas esta
temporada?

2) Lamento de la escalinata de Jade (Li Po)

Afuera, en la escalinata de jade, surge un brillo de
rocío
y la noche traspasa la seda donde reposa un rostro.
Mientras baja la cortina, en un recoveco de su ventana,
se intenta reflejar la luna melancólica.

3) Segundo envío a Wu Lang (Du Fu)

Hacia el oeste, en la cabaña de más allá,
la vecina sacude un ciruelo.
Sin comida, ni compañía,
desamparada, aunque no en la miseria.
No se comprende por qué recurre al libre fruto.
¿Le avergonzará pedir alimento a un ser bondadoso?
Sin duda alguna, desconfía del extranjero y lo
superficial.
Siembro algunos arbustos no tan lejos de su jardín,
y es real que se queja del tributo que le doy.
¡Se le ve en los huesos!
Medito sobre los estragos de la guerra,
y lágrimas rojas mojan mi ropa.

4) Parajes antiguos (Du Fu)

Múltiples montañas y quebradas para recién alcanzar la
puerta de entrada a la ciudad perfecta.
Cuando allí nació la Doncella lunar,
el lugar era una mera aldea;
cuando ella abandonó su púrpura terraza:
esto se convirtió en un desierto de nieve.
Solitaria y repleta de musgo,
una tumba erigida frente al crepúsculo:
imagen digna de pintarse en algún lienzo
o rostro envuelto en brisa primaveral.
Muy en vano giran los amuletos de jade.
Aún su alma alumbraba por los siglos eternos
sobre estas cuerdas del instrumento que toco
de manera improvisada.

5) Cítara adornada con brocados (Li Shang-Yin)

Una cítara de cincuenta cuerdas es tocada al azar.
Cada cuerda termina en una clavija que, por años,
añora tener el alma de una flor.
El letrado señor sueña despierto
y una mariposa se ilusiona, y sueña también
que es un emperador de corazón primaveral.
La mariposa confía este secreto a una tortola:
“sobre el vasto océano,

he visto a la luna derramar una perla de lágrima”.
Ahora, sobre ese campo azul, el ardiente astro
quema el jade y emerge el humo de esa pasión
por querer permanecer sin volverse
un recuerdo perseguido.
Fue solo un instante, desposeído de sí mismo.



Alberto Sepúlveda. Poeta y Profesor de Historia, Geografía y Ciencias Sociales. Miembro fundador del Colectivo Poesía y Periferia de Talagante y de Resistencia Poética Peñaflores. Ha publicado los poemarios *Inbox* (2016), *Bajo la sombra de los sauces* (Editorial El Otro Cuarto, 2021) y *El infierno es un fenómeno de masas* (Marciano Ediciones, 2023). Su voz poética se enuncia desde un compromiso histórico y político con los ecosistemas frente al acecho del extractivismo y el cambio climático, y es un espacio de resistencia a la pérdida de la identidad comunitaria de la aldea, ese pueblo rural que marcó su infancia.

El infierno es un fenómeno de masas

El infierno es un espejo
que difunde imágenes engañosas.
Enciende las espaldas de los solitarios sin rostro.
Es una sala de hospital
al costado de una capilla vacía,
una plegaria por compromiso,
la palabra que enfrenta a la verdad.

Las sombras de las furias
transitan una población sin árboles.
Balas fugaces surcan el cielo cantando burlas
y la vela de la animita está a punto de consumirse.

El nublado cadáver es un cielo dispuesto a los ojos,
atmósfera de protesta,
de enfermos crónicos
y vandalismo ciego.

Con sus manos,
a tientas,
buscan árboles para la hoguera
y apretar el hígado de los fértiles.

El infierno se parece a mi barrio:
huele a cacha, a Paco Rabanne
y a la mierda de pequeños huachos.

El círculo de la infamia es un camino sin salida.
Señaléticas estampadas con vísceras y piel de gato,
pisadas hasta convertirse en
remordimiento.

Los gusanos desconocen la tierra,
y la carne de los perros
se ahúma con caucho de neumáticos.

El infierno es un borracho con sed, la mesa coja de un
sin casa,
la peineta sin dientes de un cesante,
el hambre de un mórbido,
la piel tatuada con pipa ardiente
y cuchillos sin filo.
Una decena de jarabes vacíos
y los esqueletos estornudan paja
molida.

La locura de la posesión
habita en la sombra cincelada
en los dientes de un
vagabundo.

Una hamburguesa de soja,
chocolates sin azúcar
y en cuotas transo el sufrimiento de la condena eterna.
Para qué ser feliz
si puedo ser miserable para siempre.

El desierto de lo igual corta la mejilla.
Fingida indiferencia de algunos hombres y mujeres que
han amado.
El deseo de la distancia es un burdel para tartamudos:
la ninfómana compró guantes
y se entregó al aprecio.
Sus pestañas son ladrillos
y su mirada quema hojas secas frente a la policía
que toma nota en su bitácora.

El infierno de *Las Praderas*
es un convento de sordos
sometidos a prédicas canónicas,
pequeños famélicos cubiertos de moscas,
princesas de bloque con diente de oro.

El infierno somos todos
con su deseo de escapar a la muerte.
El infierno eres tú,
el infierno soy yo,
que me comuniqué contigo, aunque pierda la lengua.

Después de broncearse en el averno.

¿Es inútil pretender escribir el paraíso?

Soledad

Clavado
en la arena
la sombra
de un palo
de fósforo
se precipita
al mar.
Arde
y su madera
se consume
al atardecer.

